

"Nadie puede venir a mi si el Padre que me envió no le trajere"

La salvación bíblica y la proclamación del Evangelio.

por J.I.Packer.

Este estudio de J.I.Packer, profesor de teología en el Regent College de Vancouver (Canadá), fue publicado primeramente como prefacio al célebre libro sobre la muerte de Cristo del gran teólogo inglés del siglo XVII John Owen. Fue retomado en un reciente libro del autor (Among God's Giants; Kingsway Publications, 1991 cap. 8). El texto siguiente es una traducción abreviada del prefacio; las alusiones a la teología de Owen han sido suprimidas, pero todo aquello que es de un interés esencial para la noción bíblica de la salvación y la manera de proclamar el evangelio ha sido conservado. La traducción (al francés) ha sido realizada por André Coste y revisada por el equipo de redacción.

I. El Evangelio bíblico olvidado.

Su objetivo principal no es, como manifiesta demasiado frecuentemente la predicación. Una de las tareas más urgentes que los cristianos, y en particular los "evangélicos", tienen que llevar a cabo hoy día, es el regreso al Evangelio bíblico. Esta afirmación, que puede sorprender, se desprende, sin embargo, del examen de los hechos.

En efecto, parece evidente que el movimiento "evangélico" manifiesta incertidumbres e interrogantes en bastantes áreas: la evangelización, la santificación, el desarrollo de la vida como iglesia local, la relación de asistencia por el pastor, la práctica de la disciplina. La situación no puede prolongarse, sin embargo el camino a seguir no aparece claro.

¿De donde viene ese malestar? Yendo al fondo de la cuestión, se descubre que ya no estamos anclados en el Evangelio bíblico. Sin darnos cuenta lo hemos cambiado, en el siglo XIX, por un sucedáneo, que se le parece en el aspecto, pero que en su totalidad se diferencia profundamente. Este sucedáneo no produce los efectos poderosos que el Evangelio bíblico ha producido en otras ocasiones. Es manifiestamente incapaz de producir, con la calidad requerida, el respeto, el arrepentimiento, la humildad, el espíritu de adoración y el interés por la iglesia local.

¿Por qué?

En razón de la naturaleza y del contenido de este otro Evangelio, su primera preocupación no es colocar a Dios en el centro de los pensamientos, ni de poner su temor en el corazón. Dicho de otra manera, este Evangelio se

preocupa demasiado por ser "útil" al hombre, proporcionándole paz, satisfacción, felicidad, contentamiento de si mismo, pero poniendo insuficientemente el acento en la gloria de Dios. El Evangelio bíblico es igualmente "útil" al hombre; su primer objetivo es siempre rendir gloria a Dios proclamando la soberanía de Dios tanto cuando hace misericordia como cuando ejerce su juicio, recordando la actitud obligatoria de sumisión y de adoración que el hombre debe manifestar frente a ese Dios Todopoderoso del que depende por entero. Dios está en el centro y no el hombre, como puede observarse tras haberse producido la desviación, en el siglo XIX, mencionado anteriormente, no "evangélica" de nuestros días, el bienestar del hombre y la ayuda que Dios pueda aportarle. Su punto es Dios y su proyecto con los hombres. Entre las dos perspectivas existe una distancia inconmensurable que manifiesta una reformulación del mensaje bíblico destinado, se piensa, a hacer este más "útil". Es así que los temas que tratan la incapacidad del hombre para creer, la elección como causa última de la salvación y la muerte de Cristo solo por sus ovejas han dejado de ser predicados. Se cree que estas doctrinas no pueden más que hundir a los pecadores en la desesperación al mostrarles que no tienen nada que ver con respecto a su salvación en Jesucristo. La idea de que esta desesperación pudiera ser saludable ni siquiera se tiene en consideración, en tanto que aparece evidente que constituye un atentado insostenible contra el amor propio.

Esta práctica tiene como resultado que el Evangelio es presentado de forma mutilada como si no lo estuviera, y esta verdad a medias confiere a la verdad integral la apariencia de error. Es así que se expresa como si cualquiera tuviese la posibilidad de recibir a Cristo en todo momento, como si la redención adquirida en la cruz no fuese eficaz sino por la fe del creyente, como si el amor de Dios no fuese mas que una benevolencia general hacia cualquiera que crea y ponga su confianza en Jesús. En otros términos, el Padre y el Hijo están presentes, no como atrayendo hacia ellos a los pecadores en un acto soberano, sino como esperando pasivamente a que ellos les abran "la puerta de su corazón".

Tal es la predicación de hoy en muchas iglesias "evangélicas". Tal es posiblemente la fe de muchos. Por eso es urgente decir con fuerza que este conjunto de medias verdades, de verdades torcidas, está bien lejos del Evangelio bíblico. Proclamándolas uno se coloca en oposición a la Biblia, y el hecho de que esto se convierta en práctica corriente muestra hasta que punto es importante que se opere un redireccionamiento rápido y redescubrir el Evangelio auténtico y bíblico a fin de predicarlo y ponerlo en práctica de nuevo.

1. El Evangelio bíblico y "los cinco puntos" del calvinismo.

Puede ser que se objete: Al evocar la redención limitada solamente a las ovejas, uno de los "cinco puntos" del calvinismo, como siendo una de las características del Evangelio bíblico ¿no se aboga más bien por el calvinismo?

Conviene no eludir esta objeción elevada por muchos, señalando así al mismo tiempo prejuicios e ignorancia, como si el Evangelio se limitase a eso para un

calvinista o como si, igualmente, el calvinismo fuese la expresión refinada de la perversión teológica sin ninguna relación con el Evangelio. Pero antes de hacer frente directamente a esta objeción, recordemos pues, a fin de restar todo fundamento a los prejuicios, en qué consiste el calvinismo en general y "los cinco puntos" en particular, a partir de los hechos históricos y teológicos siguientes.

Lo que se llama "los cinco puntos" del calvinismo es simplemente la respuesta a una petición en cinco puntos ("La remonstrance"= "La protesta") redactada, en el siglo XVIII, por los "semipelagianos" protestantes.

A."La Remonstrance" ("La Protesta") o arminianismo.

La teología de "La Remonstrance", conocida bajo el nombre de arminianismo (que toma el nombre de su principal promotor, Arminio, 1560-1609), tiene como fundamento dos principios filosóficos:

a) La soberanía de Dios no es compatible con la libertad humana y, por consiguiente, con la responsabilidad del hombre.

b) Aquella (la soberanía divina) reduce las obligaciones de esta (la responsabilidad del hombre).

El calificativo de "semipelagianos" está así plenamente justificado. De esos principios los arminianos extraen dos conclusiones:

a) Siendo la fe, según la Biblia, un acto del hombre realizado libremente y de forma responsable, no puede tener a Dios por autor; surge independientemente de Dios.

b) Siendo la fe, según la Biblia, obligatoria por parte de aquellos que aceptan el Evangelio, el creer es una posibilidad universal y una oferta a todos los seres humanos.

El arminianismo sostiene hoy, como anteriormente, que la enseñanza bíblica se formula de la siguiente manera:

1. El hombre jamás ha sido afectado por el pecado hasta el punto de ser incapaz de aceptar la salvación que se le presenta.

2. O, aún bajo el control de Dios, que no puedan rechazarla.

3. Dios elige y salva a las personas que sabe han de aceptar la salvación voluntariamente.

4. La muerte de Cristo hace posible la salvación solo de aquellos que creen; esta no garantiza la salvación de nadie, pues no asegura el don de la fe (tal don no existe).

5. Pertenece a los creyentes el mantenerse en estado de gracia guardando la fe; si esta desfallece son rechazados y se pierden.

Así, para el arminiano la salvación depende en última instancia del hombre mismo, siendo considerada la fe, de alguna manera, como su obra y no, por consiguiente, la obra de Dios en el.

B. El sínodo de Dordrecht (1618).

El sínodo de Dordrecht (Países Bajos) fue convocado para pronunciarse sobre esta teología (el arminianismo). "Los cinco puntos del calvinismo" constituyen una refutación; están basados en un principio bíblico diferente, a saber, que "la salvación viene solo de Dios". He aquí una breve evocación:

1. El hombre desechado es incapaz, por si mismo, de creer al Evangelio, de la misma manera que es incapaz de obedecer a la Ley, a pesar de la claridad de sus disposiciones.

2. La elección de Dios es un acto libre, soberano e incondicional, de Dios quien elige a los pecadores para salvarlos por medio de Cristo, darles la

fe y conducirlos a la gloria.

3. La obra de redención de Cristo tiene por objeto la salvación de los elegidos.

4. La obra del Espíritu Santo, que es la de conducir al hombre a la fe, jamás es frustrada.

5. Los creyentes son preservados en la fe y bajo la gracia, por el poder ilimitado de Dios, hasta su entrada en la gloria.

Estas cinco proposiciones son conocidas, en los países anglófonos, bajo las siglas TULIP (TULIPÁN en español), una alusión al origen geográfico (los países de las flores) de "los cinco puntos" (Total depravity, Unconditional election; Limited atonement, Irresistible grace, Perseverance of the saints), que significa: Corrupción absoluta, Elección incondicional, Expiación limitada, Gracia irresistible y Perseverancia de los santos.

Existen, pues, dos interpretaciones del Evangelio bíblico, coherentes ambas, pero en indudable oposición. La diferencia entre las dos no es una diferencia de énfasis sobre tal o cual punto, sino más bien una diferencia de contenido.

Una (la interpretación calvinista) proclama un Dios que salva; otra (la interpretación arminiana) un Dios que hace al hombre capaz de salvarse a sí mismo. Una presenta los tres grandes actos de la Santa Trinidad en vista de la restauración de la humanidad perdida, a saber: la elección por el Padre, la redención por el Hijo y el llamamiento por el Espíritu Santo, enfocados los tres hacia las mismas personas asegurando infaliblemente su salvación. La otra confiere a cada uno de sus actos un objetivo diferente, a saber: que la redención por el Hijo ha sido adquirida para toda la humanidad, el llamamiento del Espíritu Santo se dirige a todos aquellos a quienes se ha anunciado el Evangelio y la elección del Padre no concierne más que a las personas que responden "sí" - negando a cualquiera la seguridad de su salvación.

Los planes de salvación presentados por estas dos teologías son por completo diferentes. Para la una, la salvación es obra de Dios; para la otra, es obra del hombre. Para la una, la fe con vista a la salvación es un don de Dios; para la otra, constituye la contribución del hombre a su salvación. Para la una, en la salvación de los creyentes toda la gloria revierte en Dios; para la otra, la alabanza esta repartida entre Dios, quien, por así decir, a construido la maquinaria de la salvación y el hombre, quien, mediante su fe, la hace funcionar. Estas diferencias son en verdad muy grandes. Precisar bien la naturaleza, la extensión y la intensidad, constituyen el interés permanente de los "cinco puntos", esta especie de resumen del calvinismo.

2. El calvinismo como interpretación del mensaje de la Biblia.

A decir verdad, el calvinismo desborda ampliamente lo que se evoca en los "cinco puntos".

a) El calvinismo presenta una visión global del mundo a partir de Dios Creador y Rey del cosmos. Propone un paso lógico en el que el Creador es reconocido Señor, dirigiendo todas las cosas como él lo ha decidido soberanamente. El calvinismo es una concepción teocéntrica de la vida, es decir, completamente sometida a la Palabra de Dios. En otros términos, es una teología construida bajo una perspectiva bíblica, siendo Dios la fuente, el instrumento y el fin de todas las cosas que edifican el orden, la naturaleza y la gracia. El calvinismo es a la vez y en la forma más pura y elevada, un teísmo (la fe en Dios es el fundamento de todo), una religión (el hombre depende de Dios quien le da todo lo que posee) y un movimiento "evangélico" (marcado por una confianza en Dios, mediante Jesucristo, en toda circunstancia).

El calvinismo es igualmente una filosofía unificadora de la historia, según la cual todos los principios en vigor en el mundo creado por Dios y todos los acontecimientos que se producen, forman parte, ni más ni menos, que del plan preordenado por Dios para sus criaturas y para su Iglesia. Si los "cinco puntos" se limitan a afirmar que Dios es soberano en la salvación del individuo, el calvinismo va más allá al reconocer su soberanía en todos los campos.

b) A diferencia de los "cinco puntos" que presentan la soteriología calvinista

en forma negativa y bajo un tono polémico, el calvinismo es didáctico, pastoral y constructivo. Expone la enseñanza de la Escritura sin tener necesidad de posicionarse en comparación con el arminianismo y no tiene ninguna necesidad de cortar de un tajo a este para existir. El calvinismo no tiene ningún interés en expresarse de modo negativo; su combate es en favor de los valores "evangélicos" positivos.

El carácter negativo de los "cinco puntos" es fuente de malentendidos, notoriamente en el punto tercero (la expiación limitada, o redención particular), si el acento se pone, como sucede con frecuencia, en el adjetivo para señalar que los calvinistas sacarían ventaja limitando la misericordia de Dios. De hecho, esta terminología está destinada, como veremos, a salvaguardar la afirmación central del Evangelio: Cristo es el Redentor que rescata verdaderamente. Por lo mismo, el rechazo de una elección condicional y de una gracia a la que se le pudiera resistir, corresponde al deseo de preservar la verdad positiva de que es Dios quien salva. Las únicas proposiciones

realmente negativas son aquellas que formulan los arminianos al rehusar reconocer que la elección, la redención y el llamamiento son actos de Dios Salvador. El calvinismo rechaza estas negaciones a fin de proclamar el contenido positivo del Evangelio desde la base positiva de fortalecer la fe y edificar la Iglesia.

c) La exposición de la soteriología en cinco puntos (cifra correspondiente, como ya hemos visto, a las proposiciones arminianas a las que el Sínodo de Dordrecht respondió), tiende a oscurecer la estructura coherente del pensamiento calvinista sobre este asunto. Las cinco proposiciones presentadas por separado son, de hecho, inseparables. Se sostienen unas a otras; es imposible rechazar una sin rechazar a las demás, al menos desde la perspectiva del Sínodo. Para el calvinismo, "los cinco puntos" no vienen a ser más que uno:

Dios salva a los pecadores.

* Dios, el Dios trino y eterno, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas obrando juntos de forma soberanamente sabia, poderosa y amorosa en vistas a la salvación de un pueblo elegido: el Padre elige, el Hijo cumple la voluntad del Padre mediante la redención, y el Espíritu concreta el plan del Padre y del Hijo mediante la regeneración.

* Salva, Dios realiza, desde el principio al fin, todo aquello que es necesario para la salvación, conduciendo al pecador de la muerte en el pecado a la vida en la gloria; él programa, ejecuta y aplica la redención; él llama, guarda, justifica, santifica y glorifica.

* A los pecadores, es decir los hombres culpables, malvados, débiles, sin fuerza, ciegos, incapaces de hacer la voluntad de Dios o de mejorar su situación espiritual.

* Dios salva a los pecadores. La fuerza de esta afirmación no debe ser atenuada quebrando la unidad de la obra de la Trinidad, o repartiendo la realización de la salvación entre Dios y el hombre, quien se aseguraría una parte decisiva, o poniendo sordina a la incapacidad del pecador a fin de que pueda compartir la gloria de la salvación con su Salvador. El único aspecto de la soteriología calvinista que "los cinco puntos" se esfuerzan por expresar, y que el arminianismo rechaza, puede ser formulado así: los pecadores no tienen modo alguno de salvarse ellos mismos; su salvación ha sido, es y será, en su totalidad, la obra del Señor en quien revierte la gloria por siempre. Amén.

d) La formulación de "los cinco puntos" disimula la diferencia profunda que existe entre las soteriologías calvinista y arminiana. Muchos se han dejado prender. Poner el énfasis sobre los adjetivos (incondicional, definida, irresistible) en esta formulación, conduce a pensar que el desacuerdo no está

más que en el papel del hombre con respecto a la salvación, pero que el acuerdo existe sobre los tres grandes actos de Dios:

la elección, la redención y el don de la gracia. ¿Condiciona la fe la elección, o no? ¿Tiene la redención por objeto la salvación de todo hombre, o no? ¿Puede ser rechazado el don de la gracia? Según que la respuesta sea "si" o "no", se tienen conceptos opuestos sobre la elección, la redención y el don de la gracia.

En el siglo XVII esta oposición era percibida con claridad; es importante que hoy hagamos lo mismo. Para ello coloquemos juntas las definiciones y

comparémoslas.

3. La noción de la salvación cuestionada.

a). La elección.

Los arminianos definen la elección como la decisión de Dios de recibir como sus hijos a las personas que, a su debido tiempo, creen en Cristo.

En otras palabras, Dios escoge a aquellos que él sabe, mediante su presciencia, van a decidir creer por su propia voluntad. Nada en el decreto de elección asegura que habrá creyentes en él. Dios no decide que un hombre tenga la fe.

Los calvinistas, a la inversa, definen la elección como la elección de personas particulares, sin ningún mérito, hecha por Dios a fin de salvarlos de sus pecados y de conducirlos a la gloria, es decir, rescatarlos mediante la muerte de Cristo y darles la fe mediante la llamada y la acción del Espíritu Santo.

El arminiano dice: "yo debo mi elección a mi fe", y el calvinista dice: "yo debo mi fe a mi elección". Estos dos conceptos están, evidentemente, muy lejos el uno del otro.

b). La redención.

Los arminianos consideran la redención como la remoción de un obstáculo (la exigencia insatisfecha de justicia) colocado en el camino donde Dios, según su deseo, ofrece el perdón a los pecadores, si al menos estos creen. Así la redención le da a Dios el derecho de ofrecer la salvación, pero no comporta en

si misma la seguridad de que alguien acepte este ofrecimiento, puesto que la fe, siendo una obra propia del hombre, no es un don que le viene del Calvario.

La muerte de Cristo le ha dado a la fe salvadora la ocasión de ejercitarse, y nada más.

En cuanto a los calvinistas consideran la redención como el acto por el cual Cristo a cargado con las consecuencias del pecado ocupando el lugar de un cierto número de pecadores bien determinado, reconciliándoles así con Dios, suprimiendo su culpabilidad y asegurándoles la vida eterna. En consecuencia, estos pecadores perdonados tienen derecho, a los ojos de Dios, al don de la fe, que es el instrumento que les permite tomar posesión de su herencia. En otros términos, la cruz no hace simplemente posible la salvación de aquellos por quienes Cristo ha muerto, también les asegura que recibirán la fe y que su salvación se ha realizado. La cruz salva.

El arminiano dice: "yo no habría podido obtener mi salvación sin el Calvario", y el calvinista dice: "Cristo ha obtenido mi salvación en el Calvario". Para el primero, la cruz es la condición sine qua non de mi salvación; para el segundo, ella es la causa, en virtud del acuerdo entre el Padre y el Hijo, hecho concreto en el monte Calvario; la cruz es también la fuente de todas las bendiciones espirituales que el recibe, entre las cuales se encuentra la fe.

Estos dos conceptos son, evidentemente, muy diferentes entre si.

c). El don de la gracia.

Los arminianos definen el don de la gracia eterna llevado a cabo por el Espíritu Santo, como "una acción sobre la conciencia", un simple acceso a la comprensión de la verdad de Dios, pero que, insisten, no asegura la respuesta de la fe.

Los calvinistas, por su parte, ven en este don no simplemente una iluminación, sino la obra de la regeneración que Dios opera en el hombre. "El les quita su corazón de piedra y les da un corazón de carne; renueva su voluntad y, por su poder infinito, les orienta hacia el bien; les lleva eficazmente hacia Jesucristo; y entretanto, produciendo Dios su querer por su gracia, los elegidos van hacia él libremente". Esta gracia es irresistible porque aniquila toda tendencia que se le resiste.

El arminiano se contenta con decir: "yo me he decidido por Cristo" o "he decidido ser cristiano"; el calvinista prefiere hablar de su conversión en términos más teológicos y llamar la atención sobre lo que le ha sucedido. Estos dos conceptos son, es evidente, netamente opuestos entre si.

d). Comparación.

El calvinista rechaza la idea del arminiano respecto de la elección, la redención y el llamamiento, considerados por este último como actos de Dios que no salvan, en contra de lo que es el corazón de la enseñanza bíblica. Afirmar, como lo hace el arminiano, que Dios elige a los creyentes, que Cristo murió por todos los hombres y que el Espíritu Santo renueva a aquellos que reciben la Palabra, viene a decir, si nos atenemos al verdadero sentido bíblico de los términos, que Dios no elige a nadie, que Cristo no ha muerto por nadie, y que el Espíritu no renueva a nadie. En esta controversia, el debate se establece sobre el sentido que se da a los términos bíblicos y a algunos otros relativos a la salvación, tales como: el amor de Dios, el pacto de gracia y el mismo verbo "salvar" con sus sinónimos. El arminiano los interpreta todos desde la perspectiva de que la salvación depende directamente, no de un decreto o de un acto de Dios, sino de un acto de fe en el que el hombre toma la iniciativa.

El calvinista considera este concepto como no escritural, que descansa sobre una interpretación peligrosa que mina la substancia del Evangelio.

Tal es el punto central de la controversia arminianismo - calvinismo.

4. Origen y naturaleza del arminianismo y del calvinismo.

La formulación negativa de los "cinco puntos" da la impresión de que el calvinismo es un arreglo o ajuste del arminianismo, el cual tiene una cierta supremacía natural y que el calvinismo es, con respecto el, una ramificación.

A pesar de que esto es históricamente inexacto, este criterio está en la mente de muchos. El arminianismo surge como la forma simple y llana de leer las Escrituras, y el calvinismo como un producto artificial, no extraído de los propios textos bíblicos, sino el resultado de un trabajo intelectual profano sobre los textos, torciendo su verdadero sentido, a fin de hacerlos entrar en un sistema que les es extraño. Aún si esto ha podido ser cierto con algunos calvinistas, no se debe generalizar.

En efecto, el arminianismo es "natural", al menos en un sentido, puesto que presenta la enseñanza bíblica como puede hacerlo el hombre caído que, incluso para su salvación, no quiere renunciar a la ilusión de ser el dueño de su destino y el guía de su alma. Esta desviación apareció primeramente con el pelagianismo y el semipelagianismo del período patrístico, luego con el período escolástico; más tarde resurgió, a la vez, en el siglo XVII en la teología católica romana y en el protestantismo, en la enseñanza de los liberales racionalistas

con el buen nombre de "Evangélicos", como aún hoy se puede observar. Al espíritu del hombre caído, siendo lo que es, el arminianismo representa una clase de error que corresponde bien a su naturaleza.

Más bien es el calvinismo quien comprende la Escritura en su sentido natural y permanente. Expone lo que ciertamente dice. El calvinismo toma en serio la afirmación bíblica de que Dios salva. Dios salva a aquellos a quienes ha escogido para salvarlos, lo hace por pura gracia sin exigir ninguna obra de la que se pudieran vanagloriar. El calvinismo afirma que Cristo es un Salvador perfecto; su salvación proviene de la cruz sobre la cual su redención a sido cumplida. El calvinismo reconoce a la cruz el honor que le es debido.

El plan de salvación de Dios llevado a cabo mediante la muerte de su Hijo, no

es un simple deseo en el que la realización dependa de la buena voluntad del hombre que ha de creer. De otro modo pudiera suceder que Cristo muera y que ninguna persona se salve. El calvinismo enseña que la cruz revela el poder de Dios para salvar y no a la inversa. Cristo no ha adquirido una hipotética salvación para unos hipotéticos creyentes, una simple posibilidad de salvación para aquellos que eventualmente creyesen; él obtuvo una salvación efectiva para el pueblo que él ha elegido. Su sangre preciosa "nos salva a todos" con seguridad, a consecuencia de su ofrenda en la cruz. Este poder salvífico no debe nada a la fe. Esta no ha de ser añadida para que sea efectivo; su origen es anterior. La cruz garantiza la salvación de aquellos por quienes murió Cristo. "En nada me gloriaré, salvo en la cruz de nuestro Señor Jesucristo".

Es así que la naturaleza de la soteriología calvinista se hace evidente. No se trata de una extravagancia artificiosa, ni del fruto de una lógica más que audaz. El punto clave de esta soteriología, a saber, que Dios salva a los pecadores y Cristo nos rescata por su sangre, es a la vez el testimonio de la Biblia y el del corazón del creyente. El calvinista es un cristiano que confiesa ante los hombres, desde su teología, aquello que cree en su corazón cuando ruega a Dios. La gracia soberana de Dios está constantemente presente en sus pensamientos y en sus palabras, particularmente cuando ruega por la salvación de otras almas o cuando obedece a un fuerte impulso de adoración en su corazón, manifestando así que, por su salvación, ninguna alabanza merece, sino que toda la gloria pertenece a Dios.

El calvinismo es la teología que, de manera natural, se inscribe en el corazón del hombre regenerado por Cristo. El arminianismo, marcado por la falta de firmeza de una inteligencia dañada por el pecado, es natural como lo son los pecados, incluso aquellos que cometen los cristianos regenerados.

El pensamiento calvinista es el del cristiano intelectualmente realista; el pensamiento arminiano es el del cristiano claudicando bajo el imperio de la debilidad de la carne.

El calvinismo es lo que la Iglesia cristiana siempre ha creído y proclamado, cuando no se ha entregado a controversias o se ha sometido a tradiciones

alejadas de las enseñanzas de las Escrituras. En los escritos de los Padres de la Iglesia hay frecuentes referencias testimoniales a "los cinco puntos".

Calificar esta soteriología de "calvinista" induce a error; no fue hecha ni por Juan Calvino ni por el Sínodo de Dordrecht, sino que constituye una parte de la verdad revelada por Dios y de la fe de la Iglesia universal. El término "calvinista" es uno de esos términos negativos que ha visto como, con el correr de los siglos, se deteriora su estatuto a pesar de no contener otra cosa más que el Evangelio bíblico.

II - ¿CÓMO SE HA DE PREDICAR EL EVANGELIO HOY COMO AYER?

1. ¿Qué Evangelio?

"¿Reencontrar el Evangelio significa convertirse en calvinista?" La palabra importa poco. Lo que importa, en cambio, es el Evangelio histórico que el calvinismo ha presentado. Elegir otra forma de expresarse conduce a torcer y a no entender el Evangelio bíblico.

Hemos señalado al empezar, que el Evangelio que se predica en muchas Iglesia y Comunidades, incluidas las "evangélicas", se aparta de la predicación de antaño y tuerce el mensaje bíblico. Ahora es posible discernir lo que no va bien. En efecto, nuestros valores teológicos han sido devaluados: nos hemos puesto a pensar que la redención obtenida en la cruz no es de hecho una redención, que Cristo no es de hecho un Salvador, que el amor de Dios es insuficiente a menos que sea ayudado para salvar a alguien del infierno y que la fe constituye la ayuda humana de la que Dios tiene necesidad para llevar a cabo su plan de salvación.

Esta lamentable evolución tiene como resultado el impedir creer y predicar el Evangelio bíblico.

Ya no se puede creer más en el Evangelio bíblico porque los espíritus han caído en las redes del sinergismo. Se está obsesionado por la idea arminiana de que la fe y la incredulidad son actitudes que emanan de la responsabilidad de cada uno; son actitudes independientes. Se hace así imposible de creer en la salvación total por la pura gracia de Dios, por medio de la fe que es un don de Dios que fluye del Calvario. En su lugar aceptamos una especie de enredo de sistema doble relativo a la salvación, considerando, en ciertos momentos, que esta depende solo de Dios, y en otros que depende de nosotros. Esta posición confusa priva a Dios de una buena parte de la gloria que le es debida por haber efectuado nuestra salvación de principio a fin; también nos priva del bienestar que se experimenta al saber que Dios es por nosotros.

Así, al predicar el Evangelio, este concepto erróneo de la salvación hace decir lo contrario de lo que quisiera. Se desea proclamar (correctamente) que Cristo es Salvador y se acaba por decir que, habiendo Cristo entregado toda la salvación posible, los hombres pueden llegar a ser sus propios salvadores.

La deducción siguiente llega enseguida. Para exaltar la gracia salvadora de Dios y el poder salvador de Cristo, se viene a decir que el amor redentor de Dios se extiende a todos los hombres y que Cristo murió para salvar a cada uno de ellos, pensando que esto muestra una justa medida de la gloria que va unida a la misericordia divina. Y a fin de evitar el universalismo, se hace necesario infravalorar aquello que antes se ha exaltado y explicar que de hecho lo que ha sido realizado por Dios y por Cristo, en orden a la salvación, debe ser completado por el hombre; así el elemento decisivo que asegura verdaderamente nuestra salvación es nuestra propia fe.

En otros términos, Cristo nos salva con nuestra ayuda; lo que viene a significar que nosotros nos salvamos con la ayuda de Cristo. He ahí una profunda desilusión. Cuando se comienza afirmando que el amor salvador de Dios se extiende a todos los hombres y que Cristo ha muerto por todos, mientras se rechaza el universalismo, se impone esta conclusión. Seamos lúcidos a propósito de la evolución habida después de más de un siglo. La gracia y la cruz no han sido exaltadas; han sido devaluadas. La expiación se encuentra más reducida que en el calvinismo, el cual afirma que la muerte de Cristo salva a aquellos que debe salvar: esta muerte no sería ni siquiera suficiente para ello.

Los pecadores impenitentes están ilusionados por la esperanza de que en su propio poder pueden arrepentirse y creen que Dios no puede atraerlos hacia sí.

Es dar poca importancia al arrepentimiento y a la fe (en vez de) hacerlas plausibles ("es muy sencillo: abre tu corazón al Señor...").

Ciertamente, la soberanía de Dios es negada y la base de la verdadera religión socavada, a saber: que el hombre está siempre en la mano de Dios. En verdad el déficit es enorme. Es ocioso preguntarse por qué una tal predicación suscita tan poco respeto y humildad, y por qué los inconversos están tan satisfechos consigo mismos, inconscientes de su propio estado y deficientes en buenas obras que la Escritura considera como frutos de arrepentimiento.

2. La predicación del Evangelio bíblico.

Los reformadores nos han liberado de este tipo de predicación y de fe, y nos enseñan cómo creer al Evangelio escritural y cómo predicarlo.

Desde el principio están de acuerdo en inclinarse ante el Salvador Soberano que salva realmente y en alabarle por su muerte redentora que asegura a aquellos por quienes tuvo lugar su gloriosa resurrección. No se ha llegado a

percibir suficientemente, como lo hizo el Sínodo de Dordrecht, la importancia y el sentido de la cruz, su lugar en el corazón del Evangelio junto a, por un lado la total incapacidad del hombre y la elección incondicional, y por el otro la gracia irresistible y la perseverancia asegurada. El significado pleno de la cruz aparece si la expiación se expone desde la perspectiva de estas cuatro verdades: Cristo murió para salvar a un pueblo de pecadores miserables a quienes Dios otorga su amor salvífico y gratuito. El llamamiento y la perseverancia, desde ahora y hasta el retorno de Cristo, son aseguradas a todos aquellos por quienes Cristo llevó los pecados en la cruz. Tal ha sido, y sigue siendo, el significado del Calvario: la cruz ha salvado, la cruz sigue salvando. Tal es el meollo de la verdadera fe bíblica predicada en otros tiempos conforme a toda la enseñanza del Nuevo Testamento completo.

Tal afirmación puede parecer paradójica a aquellos que se imaginan que si no se predica que Cristo ha muerto por cada hombre, no se predica el Evangelio.

¡Es todo lo contrario! ¿Qué significa predicar el Evangelio de la gracia de Dios? Con toda seguridad eso no significa afirmar a la asamblea dominical que Dios ama a cada uno de sus miembros (de la asamblea) y que Cristo ha muerto por cada uno de ellos, pues, según la Biblia, eso implicaría que todos serán salvos, lo que es imposible de decir.

La seguridad de salvación, que no es anterior a la fe que salva, permite saber que se es objeto del amor de Dios gracias a la muerte redentora de Cristo. Este conocimiento viene de aquello que se ha creído, pero no es la razón de nuestra fe.

Según la Escritura, predicar el Evangelio consiste en exponer, como verdad proveniente de Dios para ser recibida y puesta en práctica, las cuatro afirmaciones siguientes:

1. Todos los hombres son pecadores e incapaces de salvarse a si mismos.
2. Jesucristo, el Hijo de Dios, es un Salvador perfecto, aún para los peores pecadores.
3. El Padre y el Hijo han prometido que todos aquellos que se reconocen pecadores y ponen su fe en Cristo como Salvador serán acogidos y no rechazados; esta promesa es cierta y está fundada en el sacrificio eficaz y suficiente de Cristo sea cual sea el número (grande o pequeño) de beneficiarios.

4. Dios ha hecho de la fe y del arrepentimiento un deber que requiere de aquellos que oyen el Evangelio una actitud de humildad y de dependencia frente a Cristo quien, según las promesas del Evangelio, es un Salvador en el pleno sentido del término, capaz de librar y de salvar a todos aquellos que vienen a Dios mediante él. Cristo está dispuesto, deseoso y es capaz, por su sangre preciosa y a causa del rescate suficiente que él ha pagado, de salvar a toda alma que viene a él libremente con tal propósito.

En otros términos, la tarea del predicador es exponer quien es Cristo explicando que él responde a la necesidad del hombre, que él salva verdaderamente, que él mismo se ofrece para ser el Salvador de todos aquellos que en verdad se vuelven hacia él. Y no le corresponde al predicador decir, ni a sus oyentes preguntarse, por quienes murió Jesús.

No hay nadie que, interpelado por el Evangelio, no busque algún día, discernir el proyecto y la intención de Dios con respecto a él, a saber, ser beneficiario de la muerte de Cristo, estando plenamente seguro de que esta muerte es provechosa a todos aquellos que creen en él y le obedecen.

Esa fe así establecida, y nunca antes, le da al creyente la seguridad de su salvación; ve los frutos de esta muerte en él y en lo que le sucede; reconoce la benevolencia y el amor eterno de Dios de que es objeto, puesto que el Hijo vino a morir en su lugar. El Evangelio le llama y pone en práctica su fe según

lo establecido por Dios, y fundado en Sus promesas.

He aquí ahora algunas observaciones:

a) Primera observación.

La manera antigua de anunciar el Evangelio comportaba, al igual que hoy, una oferta plena y completa de salvación con su fundamento (el carácter suficiente del sacrificio de Cristo y las promesas de Dios) y su atracción irresistible (la necesidad que tiene el pecador, el mandato del Señor que es también la invitación del Redentor). En este punto, afirmar que Cristo murió por todos los hombres no añade nada. El Evangelio bíblico no da lugar, en efecto, al sentimentalismo barato que transformaría la libre gracia de Dios hacia los pecadores en ternura seguramente impregnada de debilidad; no ofrece jamás la imagen de un Salvador burlado y contrariado en su plan a causa de la incredulidad humana; con toda certeza no se dedica a hacer un llamamiento dramático invitando a los creyentes a dejarse salvar por Cristo. Ignora al Salvador lastimoso y al Dios patético que presentan tantas predicaciones de hoy en día.

El Evangelio bíblico afirma que son los hombres quienes tienen necesidad de Dios y no a la inversa (¡fábula engañosa!); invita no a compadecerse de Cristo,

sino a entender que es Cristo quien se compadece de los hombres aunque estos estén lejos de merecerlo. Tiene siempre en perspectiva la majestad divina y el poder soberano de Cristo; rechaza toda presentación que ensombrezca la libertad y el poder absoluto del Señor.

¿Significa esto que los predicadores del Evangelio bíblico, tal como lo predicaron los reformadores, lo empequeñecen limitándose a presentar a la persona de Cristo invitando a todos a reconocerla? En absoluto.

Porque admiten la gracia libre y soberana de Dios, su predicación es mucho más rica que aquella que del Evangelio hace la interpretación arminiana, puesto que este ofrecimiento es, desde el principio, bastante más maravilloso que aquel para el que el amor de Dios hacia todos los pecadores forma parte de la naturaleza misma de Dios y cae por su peso.

En efecto, el Dios santo, que jamás ha tenido necesidad de los hombres para su gozo y que habría podido rechazar por siempre a nuestra raza caída, ciertamente ha elegido rescatar a algunos en favor de los cuales su Hijo murió y descendió a los infiernos. Y ahora, desde lo alto de su trono de gloria, habla a los hombres impíos a través del Evangelio, les urge, con una inmensa compasión, a arrepentirse, a tener compasión de ellos mismos y escoger la vida. Estos hechos nutren la predicación del Evangelio bíblico. Lo maravilloso es que todo responde a la sabiduría divina.

Pero lo más maravilloso de todo, el punto más santo del Santo Evangelio, es la invitación gratuita que el Señor Jesús dirige, de forma repetida, a los pecadores para que vengan a él y hallen el descanso para su alma. Lo glorioso de estas invitaciones es el hecho de ser dirigidas por un Rey todopoderoso, como si formase parte de la gloria de Cristo sobre su trono el condescender a formularlas. Y es la gloria del ministro del Evangelio, en tanto que embajador de Cristo encargado de entregar personalmente la invitación del Rey, predicar a los pecadores presentes ante el y urgirles a convertirse y vivir.

"Consideremos el amor y la misericordia infinita de Cristo en las invitaciones y llamamientos que nos hace a venir a él para obtener la vida, la liberación, la misericordia, la gracia, la paz y una salvación eterna. Un gran número de estas invitaciones y llamamientos están consignadas en las Escrituras e incluyen todas las benditas incitaciones que la sabiduría divina sabe aplicar a los pecadores perdidos, culpables... Durante la proclamación y la predicación del Evangelio, Jesucristo se presenta ante ellos y les llama, les invita, les anima a venir ante él: ¿Por qué morir? ¿Por qué perecer? ¿Por qué no tener compasión de vuestras propias almas? ¿Estarán preparados vuestros corazones y fortalecidas vuestras manos en el día de la ira que se acerca? ¡Mirad a mi y sed salvos! Venid a mi y yo os aliviaré de todos vuestros pecados, tristezas, temores, cargas; daré descanso a vuestras almas. Os suplico que vengáis.

Rechazad toda dilación, toda demora; no me desechéis más, la eternidad está próxima. No me aborrecáis hasta el punto de preferir la muerte antes que aceptar mi salvación.

El Señor Jesucristo no cesa de dirigirse a los pecadores, de abogar a favor de ellos y de exhortarlos. Lo hace mediante la predicación de la Palabra, como si él mismo estuviera presente en medio de la asamblea, hablando personalmente a cada uno. Esta es la razón por la que él ha designado a los predicadores del Evangelio, que se ocupan de vosotros en su lugar y os hacen la invitación en su nombre (2 Cor 5;19,20)" (John Owen).

Estas invitaciones se dirigen a todos los hombres, son universales. Cristo las dirige a todos los pecadores en tanto que tales, y cada hombre, en tanto que crea que Dios es veraz, debe apropiárselas como la misma Palabra de Dios y aceptar la promesa que les acompaña: que Cristo acogerá a todos aquellos que vienen a él.

Estas invitaciones son ciertas. Cristo se ofrece sinceramente a todos aquellos que oyen el Evangelio; él es un Salvador perfecto para todos aquellos que depositan en él su confianza. La cuestión de la extensión del alcance de la expiación no ha de ser evocada en la predicación evangélica, la cual debe precisar solamente que Jesucristo, el Señor Soberano, murió por los pecadores a los que ahora invita a venir a él libremente. Dios ordena que todos se arrepientan y crean. Cristo promete la vida y la paz a todos aquellos que lo hagan.

Estas invitaciones son, por demás, maravillosamente gratuitas. Los hombres las desprecian y las rechazan y en ningún caso son dignos. Por tanto Cristo aún las renueva; no tiene ninguna necesidad de hacerlo, pero lo hace: "Venid a mi... y yo os haré descansar" permanece su palabra en el mundo, jamás anulada, siempre actual por la predicación.

El, cuya muerte aseguró la salvación de todo su pueblo, debe ser predicado en todo lugar como Salvador perfecto; todos los hombres han de ser invitados y urgidos a creer en él, quienes quiera que sean, lo que quiera que hayan sido.

Tales son los tres aspectos del anuncio del Evangelio bíblico.

Es una suposición carente de fundamento pensar que la proclamación del Evangelio, desde esta perspectiva, es anémica y carece de entusiasmo en comparación con la de los arminianos. Para persuadirse es suficiente con leer los sermones de predicadores tales como Bunyan, Whitefield o Spurgeon para ver que ellos ensalzaban al Salvador y exhortaban, con sencillez y con ardor, a los pecadores a venir a él con una intensidad y un vigor inigualables en la literatura protestante. Al analizar estos sermones, uno queda impactado al ver como su gozo profundo, debido a las riquezas de la gracia de Dios, tenía fuerza para subyugar a sus oyentes; la insistencia puesta en la libre gracia de Dios,

hay que decirlo, aún tiene este mismo poder sobre los lectores de corazón endurecido de hoy día.

Aquellos predicadores sabían que la inmensidad del amor de Dios no había sido comprendida ni en su mitad, tanto cuanto no se había apercibido que a él no le era necesario ni haber escogido para salvar, ni haber entregado a su Hijo para morir. Dios no tenía necesidad, ni tampoco Cristo, de haber tomado sobre si la condenación de los hombres a fin de rescatarlos, ni de invitar a todos los pecadores sin distinción, como hace. En efecto, es necesario llegar a entender bien que todos los actos de pura gracia de Dios dependen enteramente de su libre voluntad.

Porque sabían esto, aquellos predicadores lo recalcaban con fuerza; aquella fuerza hacía de su anuncio del Evangelio una categoría aparte.

Otros evangelistas, con una teología de la gracia más superficial y menos correcta, han puesto el acento, en sus predicaciones del Evangelio, sobre las necesidades de perdón, paz o poder de los pecadores, preocupándose de la forma de hacerles "decidirse por Cristo". Que su predicación ha tenido buenos efectos es incuestionable (pues Dios utiliza su verdad aunque sea proclamada con imperfección y mezclada con error), bien que ese tipo de evangelización sea criticable por estar demasiado centrada en el hombre y ser demasiado sentimental. Mas ha de volverse a los calvinistas y a aquellos que, como los hermanos Wesley, adoptan la manera de pensar calvinista como principio de su predicación a los inconversos, de predicar con mucha claridad el amor infinito, la misericordia, el sufrimiento inmenso y paciente, así como la ternura sin límites del Señor Jesucristo. Tal es con seguridad la forma más escritural y más edificante de llevarla a cabo. En efecto, las invitaciones evangelísticas dirigidas a los pecadores no honran a Dios ni exaltan a Cristo tanto como cuando poniendo un fuerte énfasis destilan la misericordia todopoderosa y libre de Dios. Su poder para despertar y confirmar la fe es igualmente mayor.

Ciertamente parece como si los predicadores del Evangelio bíblico fueran los únicos en hacer justicia a la revelación de la misericordia divina, en el ofrecimiento que hacen de Cristo a los pecadores.

b) Segunda observación.

El Evangelio bíblico salvaguarda los valores que ha perdido la manera arminiana de predicar. Hemos visto que la afirmación del alcance universal de la redención y el deseo de Dios de que todos los hombres sean salvos, conduce a empequeñecer la gracia de Dios y a infravalorar la cruz, porque se niega la soberanía del Padre y del Hijo en su obra de salvación. Dicho de otra manera, después de que Dios y Cristo hubieron hecho todo lo que pudieron y quisieron, la salvación depende de la elección personal de cada hombre, independientemente del proyecto de Dios: que sea o no salvo.

Este concepto arminiano produce dos resultados enojosos. El primero es el de empujar y tropezar en el sentido verdadero de las invitaciones del Evangelio, de las que hemos hablado anteriormente. Estas invitaciones no son consideradas como manifestaciones de la tierna paciencia de un Soberano poderoso, sino como la expresión de un deseo despojado de poder. De tal suerte que el Señor sobre su trono sufre de repente una metamorfosis, convirtiéndose en un personaje débil y mediocre que llama tristemente a la puerta de un corazón que es incapaz de abrir.

¡Que escandaloso deshonor para el Cristo del Nuevo Testamento!

El segundo resultado, tan enojoso también, consiste en rechazar nuestra dependencia de Dios, cuando se ha de tomar una decisión vital, colocándonos

fuera de sus manos y convenciéndonos de que después de todo (a lo que nos hemos de acomodar voluntariamente en razón del pecado que habita en nosotros) somos dueños de nuestro destino y guías de nuestras almas. ¿Cómo extrañarse entonces, siendo esta la orientación general dada sobre tal enseñanza, de que las personas convertidas por este tipo de evangelización arminiana carezcan muy frecuentemente de reverencia ante Dios y de piedad?

El Evangelio bíblico tiene otras características. Por un lado, expone la necesidad que el hombre tiene de Cristo, insiste sobre un punto que descuida el arminianismo, a saber, que los pecadores no pueden decir "sí" al Evangelio, ni obedecer la Ley de Dios, si su corazón no ha sido regenerado. Por otro lado, afirma que Cristo tiene el poder de salvar, el Evangelio bíblico le reconoce como el autor y el principal agente de la conversión, que mediante la acción del Espíritu Santo, renueva el corazón del hombre y lo atrae hacia sí.

Así, dicho de otra manera, el Evangelio bíblico, aunque afirma que la fe es el deber del hombre, también afirma que tener fe no entra dentro de sus propias posibilidades, sino que Dios da aquello que ordena. No proclama simplemente que el hombre debe venir a Cristo para ser salvo, sino también que esto le es imposible a menos que Cristo mismo no lo atraiga hacia sí. El Evangelio bíblico obra aniquilando todo orgullo humano, para convencer a los pecadores de que su salvación está totalmente fuera de sus manos y colocarles, conscientes de su completa incapacidad, ante el beneficio de la gracia soberana y gloriosa del Salvador, no solamente para su justificación, sino también para su fe.

Un predicador del Evangelio bíblico no puede sentirse satisfecho de la fórmula utilizada corrientemente de "hacer una decisión por Cristo". En efecto, desde el principio esta expresión ofrece una imagen falsa, como la de una elección para un cargo político, acto en el que el candidato no hace otra cosa más que presentarse a la votación, dependiendo finalmente de la elección de los votantes. No vamos a colocar al Hijo de Dios, en su labor de Salvador, permaneciendo pasivo mientras que los predicadores se apresuran en su favor.

Por otro lado, la expresión "decidirse por Cristo" obscurece aquello que es esencial en el arrepentimiento y en la fe, a saber, el enfrentamiento del "yo"

ante el acercamiento personal de Cristo. Ni que decir tiene que decidirse por Cristo significa venir a él, reposar en él, volverse del pecado y renunciar a las obras meritorias. Esta formulación sugiere mucho menos y valora nociones inexactas en cuanto a lo que el Evangelio exige realmente de los pecadores.

Sea cual sea la manera en que se estudie, esta expresión es defectuosa.

A la pregunta "¿Qué debo hacer para ser salvo?", el Evangelio bíblico responde:

"cree en el Señor Jesucristo". A la pregunta siguiente "¿Qué significa creer en el Señor Jesucristo?", la respuesta es: "reconocerse pecador y saber que Cristo ha muerto por los pecadores como tu; abandonar toda justicia propia y confianza en si mismo y abandonarse totalmente a él para recibir el perdón y la paz; cambiar su naturaleza enemiga de Dios y de rebelión contra él, por un espíritu de reconocimiento sumiso a la voluntad de Cristo, gracias a la renovación del corazón operado por el Espíritu Santo".

Y a la última pregunta "¿Cómo estoy en el camino de la fe en Cristo y del arrepentimiento si no poseo aptitud natural alguna para estas cosas?", la respuesta es "mira a Cristo, háblale, clama ante él tal como tu eres; confíesale tu pecado, tu rebelión, tu incredulidad y sométete a su misericordia; pídele un corazón nuevo que suscite en ti un verdadero arrepentimiento y una fe inmovible; ruégale que te quite tu corazón malvado e incrédulo y que escriba su Ley en ti a fin de que jamás te extravíes lejos de él". Volverse a Cristo y confiar en él; pedirle que se haga su voluntad, que es siempre lo mejor; utilizar los "medios de gracia" sin esperar más, mirar a Cristo para que se acerque a ti mientras buscas acercarte a él; considerar, orar, leer, escuchar la Palabra de Dios, adorar en comunión con el pueblo de Dios, y todo esto hasta que estés convencido de que has sido realmente cambiado, que eres un creyente arrepentido y que has recibido el corazón nuevo que deseabas. En la primera etapa de esta andadura, el acento está puesto en la necesidad de clamar a Cristo.

No hay que dejar esto para un mejor momento; es conveniente confesar pronto y honestamente su miseria, de abandonarse, rendirse, aquí y ahora, a Cristo, y esperar en él hasta que su luz brille en nuestro corazón, como lo prometen las Escrituras. Toda otra actitud que no sea esta relación directa con Cristo, es desobediencia al Evangelio. Tal es el ejercicio espiritual al que el Evangelio bíblico llama a sus oyentes, y en el que la oración debe ser: "Creo, ayuda mi incredulidad".

El Evangelio bíblico, que da testimonio de Cristo, es proclamado correctamente, como por Cristo mismo, si las invitaciones de la Escritura que siguen son transmitidas, no como un discurso en el que la aplicación debe esperar la decisión del hombre, sino como un mensaje poderosamente activo para suscitar la fe. La predicación del Evangelio es demasiado frecuentemente entendida como teniendo por objetivo el "conducir a Cristo", siendo solo los hombres susceptibles de moverse mientras Cristo se contenta con esperar. La predicación del Evangelio bíblico consiste primero en presentar a Cristo,

colocándole ante los ojos de los oyentes, a él el Salvador poderoso que obra a través de las palabras de los predicadores, actuando para la salvación de los pecadores, despertándolos a la fe y llevándolos hacia él por su gran misericordia.

El Evangelio bíblico que debe ser predicado es el de la gracia soberana de Dios en Cristo, quien es el autor de la fe y de la salvación, y el que conduce a la perfección. Cuando se ha gustado no se desea otro. En lo que concierne a la fe y a la predicación del Evangelio, como en otros aspectos, tomemos las palabras de Jeremías:

"Así dijo el Eterno:

Paraos en los caminos, y mirad, Informaos sobre las sendas antiguas, ¿Dónde está el buen camino? Andad por él. Y hallad el descanso para vuestras almas."

Volvamos al Evangelio bíblico. Aquel que lo ha substituido, y que se oye con demasiada frecuencia, no es bienhechor ni para las personas, ni para la Iglesia.

FINAL